

CRONICA LITERARIA

Por DOMINGO MELFI

CRONICA LITERARIA

Por Domingo Melfi

UN LAPSO EN LAS LETRAS CHILENAS. (A propósito del IV Centenario).

Hasta ahora sólo tenemos en punto a libros sobre el IV Centenario de la fundación de Santiago, las reproducciones de viejas páginas ya conocidas de cronistas de la colonia, de viajeros extranjeros que pasaron por Chile, y de escritores del siglo pasado. Muy interesantes todas y muy sabrosos algunos capítulos. Pero no es eso todo lo que se requiere para alimentar la desnutrición casi general de la vida intelectual de Santiago y para dar fe de la inquietud pródica que se manifiesta en el estudio emocional de la propia historia, hecho con sentido humano y con profunda encarnadura psicológica.

A cierta altura del viaje, una ciudad parece detenerse, para saborear lo que de ella o sobre ella vierten los más característicos de sus intérpretes. Es en cierto modo, el recuento moral y psicológico de la gesta de avance. Es la crónica viva y potente, el análisis de sus etapas progresivas, la inclinación sobre el músculo cordial para escuchar la prisa o la lentitud de sus pulsaciones. Atrás, quedan los esfuerzos, las luchas, las vicisitudes del crecimiento, las épocas sombrías de la violencia o del crimen, las demostraciones de una moral, de grandeza o de empuñamiento. Quedan los hombres fundamentales, aun sin historia, y sin proceso de iluminación y de justicia. Quedan las masas azotadas por el desprecio, las batallas callejeras, el rumor pasional de sus rincones poéticos, las fuentes agostadas, las barriadas, que se transformaron en sitios opulentos, la leyenda de los amores, las viejas iglesias, sin poetas y sin imagineros, las columnas de trabajadores, oscuros, el hermetismo de los sexos angustiados por la hipocresía. En fin, la vida humana, la vida fuerte o vacilante del corazón, la que un escritor moderno puede evocar y animar con la plenitud de sus facultades creadoras. El prólogo de Ricardo A. Latcham, del libro *Estampas del Nuevo Extremo*, es una bella página de interpretación muy personal.

Porque una ciudad, tiene un alma y una historia. No la sesuda y campanuda de los documentos copiados, ni la seca y adusta de los predicadores o la más ingenua de los cronistas. Es la otra, la que está en el proceso de sus luchas, en el "redescubrimiento", de las masas que sufrieron; en los poetas, que moraron en ella, en las costumbres eternamente modificadas, en las pasiones vehementes o trágicas o simples, en la lucha sorda, entre una escuela evolucionista y una escuela retardataria, en el esfuerzo gigantesco de una minoría trabajadora.

Está en el paisaje, en el semicírculo, impresionante de sus cerros, en el río cubierto de leyendas, en el rezongo de vencido, de su corriente, en otro tiempo impetuosa y desbordante, en la huella romántica de las mujeres apasionadas y herméticas que llenaron muchas páginas de la historia de ayer, y de la no menos, interesante de hoy; en las casas abandonadas, viejos palacios, que fueron centro de fausto y opulencia, en el drama de generaciones orgullosas y ciegas en su propio egoísmo.

Pero, hasta hoy, nada ha surgido, y nada presagia que ello pueda ocurrir. No sabemos si es escepticismo o es indolencia para el esfuerzo. La inexistencia de libros interpretativos escritos por hombres de hoy — nos referimos a libros únicamente — sobre la vida de Santiago, demuestra categóricamente el lapsus chileno, de la inconstancia intelectual, y por supuesto, la falta de unidad y coordinación en el esfuerzo. La improvisación es el gran enemigo. La elaboración apresurada, para ganar tiempo, el gusto de lo superficial, el

amor hacia lo que no representa sacrificio o dedicación profunda, examen o penetración en la substancia de los sucesos y de los hombres.

La gente intelectual, que presume de avanzada, nada ha dicho acerca del proceso de las luchas sociales santiaguinas, con ser tan dramática su génesis. Santiago fué y es, respecto de Chile, lo que un escritor argentino decía de Buenos Aires: "La cabeza de Goliat". En Santiago se acumuló todo el esfuerzo intelectual y político del país, y nada podía ocurrir fuera del área edificada que no tuviera relación con algún episodio o alguna palabra o alguna actitud santiaguina. La gente intelectual que se denomina tradicionalista, tampoco ha dicho nada del espíritu y del carácter de esta ciudad, a través de las luchas de los antepasados. Habría sido también una revelación que la casta se hiciera presente por medio de alguno de sus descendientes en esta interpretación artística, o filosófica o sociológica de la vieja ciudad, centro de tantas luchas y de tantas pasiones. Parece ser que esa casta no da importancia a tales devaneos, y prefiere otras cosas...

Los poetas pudieron decorar con estampas líricas el viaje de cuatro centurias, en el romance de épocas que fueron en sí mismas, épocas de amor y de muerte. El descubrimiento, la conquista, la colonia, la República, los motines, las revoluciones, la guerra. Los pintores también hubieran podido realizar el friso magnífico de una ciudad prendida en telas de un fuerte sabor nativo.

Una ciudad es algo más que un recinto edificado para quienes viven y penan en ella. Pero

no existe, y es una desgracia, el amor a la ciudad en el instinto artístico. No palpita emoción alguna en quienes debían recoger la emoción de todos, interpretar la y darle vida y color, sea en la prosa, o en el verso o en la tela. No hay más que el vagar sobre sus aceras y el discurrir en el eterno descontento, en el bisbiseo político, en la pequeña aventura pueril, en el vanidoso y petulante ejercicio de la materialidad o del dinero.

Pensábamos que la ciudad tendría sus imprevistos descubridores. Porque, al fin, las ciudades americanas, tanto como las ciudades europeas, están construidas sobre sangre, y dramas, y amores y también grandezas y pequeñeces. No son estas ciudades de excepción en el sentido material, aunque muchas lo sean en el substratum, en la médula, de sus nervaduras profundas. Los hombres del siglo pasado fueron más amorosos con la ciudad, que aun no diseñaba su entera fuerza y en la que sobrevivía casi íntegra la colonia. La hurgaron con delectación de enamorados, aunque no fueron definitivamente artistas. Los hombres del siglo actual se contentan con saborear aún aquellas páginas, sin arrancar nada al secreto, que aun existe escondido en muchos de sus aspectos, y en los hombres y en los planes que la habitaron.

En la vida que se llama social, de esta ciudad, el estudioso tiene un material de primer orden. Pero no hablemos de esto. Porque esto supone entregarse a esa "constancia", de que tanto hemos hablado, y que presupone un sacrificio que el tiempo no dispensa, más que a muy pocos. Emilio Rodríguez Mendoza, escribió hace 4 años, un libro que

anticipa algunos de los puntos más curiosos de la gesta antigua de Santiago: *El Libro de las Fundaciones*. En la prosa plástica y personalísima que es el sello de autor, Rodríguez Mendoza desenvuelve el drama de los fundadores y conquistadores con un sentido nuevo, con una visión humana de aquel lejano tiempo de heroísmo y de sacrificio. Este libro publicado en 1936, debió serlo ahora. Pero es siempre actual.

El primer tomo de la *Historia de Chile*, de Francisco Antonio Encina, publicado sin conexión con el IV Centenario, es un libro que también salva esta orfandad creadora, porque es la muestra de una renovación profunda en nuestra historia y la presencia de un espíritu capaz de analizar e intuir con dominio seguro las grandes perspectivas del pasado. El libro de Julio Alemparte, *El Cabillo en Chile Colonial*, muestra del mismo modo la preocupación y el esfuerzo en el estudio y la realización de una obra de innegable importancia para el conocimiento y desarrollo de la vida de Santiago.

Debemos esperar, sin embargo, la aparición de algunos libros. Seguramente algunos poetas y prosistas han dado ya remate a su trabajo. Y sin duda a estas horas andan a la caza de algún editor. Es probable que otros trabajos de interpretación estén ya en prensa, y sus autores sufren la impaciencia natural de quienes asisten a un difícil alumbramiento. Todo es posible y todo se realiza con lentitud o con más prisa en este mundo no muy extenso de las letras.

D. M.